

1

La Torá

En el año 597 a. C. el diminuto estado de Judea, situado en las zonas montañosas de Canaán, rompió su tratado de vasallaje con Nabucodonosor, soberano del poderoso imperio babilónico. Fue un error catastrófico. Tres meses después, el ejército babilónico asedió Jerusalén, la capital de Judea. El joven rey se rindió de inmediato y fue deportado a Babilonia, junto con diez mil de los ciudadanos que hacían viable el estado: sacerdotes, jefes militares, artesanos y trabajadores del metal. Antes de dejar Jerusalén, los exiliados echaron un último vistazo al templo, construido en el monte Sión por el rey Salomón (970-930 a. C.) y centro de la vida nacional y espiritual, tristemente conscientes de que era muy probable que no volvieran a verlo nunca más. Sus temores se hicieron realidad: en el 586 a. C., después de otra rebelión en Judea, Nabucodonosor destruyó Jerusalén e incendió el templo de Salomón hasta convertirlo en cenizas.

A los exiliados no se los trató mal en Babilonia. Al rey se lo albergó cómodamente junto con su séquito en la ciudadela del Sur, y los demás vivían en comunidad en asentamientos nuevos junto a los canales, donde se les permitía administrar sus asun-

tos internos. Pero habían perdido su país, su independencia política y su religión. Pertenecían al pueblo de Israel y creían que su dios, Yahvé, les había prometido que, si lo adoraban solamente a él, vivirían en su tierra para siempre. El templo de Jerusalén, donde Yahvé había morado entre su gente, era esencial para el culto. Sin embargo, ahora se encontraban en una tierra extranjera y apartados de la presencia de Yahvé. ¡Tenía que ser un castigo divino! Los israelitas habían quebrantado una y otra vez su Alianza con Yahvé, y sucumbido al atractivo de otras deidades. Algunos de los exiliados creían que, como líderes de Israel, dependía de ellos el rectificar la situación. Pero ¿cómo podían servir a Yahvé sin el templo, el único medio que tenían de establecer contacto con su dios?

Cinco años después de su llegada a Babilonia, de pie junto al río Kebar, un joven sacerdote llamado Ezequiel tuvo una visión aterradora. No conseguía ver con claridad porque dentro de aquella tempestuosa vorágine de fuego y ruido ensordecedor nada se ajustaba a las categorías humanas, pero Ezequiel supo que estaba ante la presencia del *kavod*, la «gloria» de Yahvé, que normalmente era ensalzado en el sanctasanctorum del templo.¹ Dios había dejado Jerusalén y, montado en lo que parecía un enorme carro de combate, se había ido a vivir con los exiliados a Babilonia. Una mano se extendió hacia Ezequiel y le ofreció un rollo en el que ponía: «Lamentaciones, llantos y quejidos». «Hijo del hombre, aliméntate —le ordenó una voz divina—, y sáciate de este rollo que yo te doy.» Cuando consiguió tragárselo, aceptando las penas y miserias de su exilio, Ezequiel descubrió que era «dulce como la miel».*²

* Las citas bíblicas están extraídas de *La Biblia de Jerusalén*, nueva edición revisada y aumentada (Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao, 1998), en la que se ha repasado y corregido ampliamente el texto de las ediciones

Fue un momento profético. Los exiliados continuaron anhelando el templo perdido porque durante esa época, en Oriente Próximo, era imposible imaginarse una religión sin templo.³ Pero llegaría el día en que los israelitas entrarían en contacto con su dios mediante un texto sagrado, y no a través de un santuario. Ese libro sagrado no sería fácil de entender. Igual que el rollo de Ezequiel, a menudo su mensaje parecía turbador e incoherente; pero cuando hicieran el esfuerzo de asimilar aquel texto confuso y de integrarlo en su ser más íntimo, sentirían que estaban en presencia de Dios, tal y como se habían sentido cuando visitaban el templo en Jerusalén.

Con todo, todavía tenían que pasar muchos años hasta que el yahvismo llegara a convertirse en una religión del libro. Los exiliados habían llevado consigo a Babilonia varios rollos del archivo real de Jerusalén, y allí se dedicaron a estudiar aquellos documentos y a corregirlos. Si alguna vez se les permitía volver a casa, estos registros de la historia y del culto de su pueblo podrían desempeñar un papel importante en la restauración de la vida nacional. Pero los escribas no consideraban que estos escritos fueran sacrosantos y no se abstuvieron de añadir nuevos pasajes y de modificarlos para adaptarlos a las nuevas circunstancias. Todavía no tenían el concepto de texto sagrado. Es cierto que en Oriente Próximo circulaban muchas historias acerca de tablas celestiales que, milagrosamente, habían descendido a la Tierra para comunicar un conocimiento divino y secreto. En Israel se contaban leyendas sobre las piedras grabadas que Yahvé le había dado a su profeta Moisés, con quien

anteriores (1973, 1976, 1988, 1994 y 1995). Además de ofrecer una traducción nueva y más transparente de algunos libros de la Biblia, se han revisado todas las notas y se han introducido otras nuevas con el fin de incorporar los últimos avances de la investigación bíblica. (*N. de la T.*)

había hablado cara a cara.⁴ Pero los rollos del archivo del reino de Judea no estaban a la misma altura, y no formaban parte del culto de Israel.

Los israelitas, como la mayoría de los pueblos del mundo antiguo, siempre habían transmitido sus tradiciones oralmente. En los primeros tiempos de su nación, hacia 1200 a. C., vivían organizados en doce tribus en las tierras altas de Canaán, pero creían compartir una misma ascendencia y una historia común, que celebraban en santuarios vinculados a uno de sus patriarcas o a un acontecimiento importante. Los bardos recitaban las historias épicas del pasado sagrado y el pueblo renovaba ceremoniosamente la Alianza que los obligaba a permanecer juntos como los *am Yahweh*, «la familia de Yahvé». Ya en una etapa tan temprana, Israel tenía una visión religiosa singular. La mayoría de los pueblos de la región desarrollaron una mitología y una liturgia basadas en el mundo de los dioses en los tiempos primigenios. Israel, sin embargo, se centró en su vida con Yahvé en este mundo. Desde el principio pensaron históricamente, en términos de causa y efecto.

Gracias a los textos primitivos incluidos en las narraciones bíblicas posteriores, podemos deducir que los israelitas creían que sus ancestros habían sido nómadas. Era Yahvé quien los había llevado a Canaán, y les había prometido que un día sus descendientes poseerían la tierra. Durante muchos años vivieron como esclavos bajo el dominio egipcio, pero Yahvé los liberó con grandes señales y prodigios, los guió de vuelta a la Tierra Prometida bajo la dirección de Moisés y los ayudó a conquistar las tierras altas a sus habitantes indígenas.⁵ Pero todavía no existía una narración principal; cada tribu tenía su propia versión de la historia, cada región poseía sus héroes locales. Por ejemplo, los sacerdotes de Dan, en el extremo norte, creían que eran los descendientes de Moisés; Abraham, el pa-

dre de toda la nación, había vivido en Hebrón y era especialmente popular en el sur. En el Guilgal, las tribus locales celebraban la prodigiosa entrada de Israel en la Tierra Prometida, cuando las aguas del río Jordán se separaron milagrosamente para dejarlos pasar. Y el pueblo de Siquem renovaba anualmente el pacto que Josué selló con Yahvé después de su conquista de la tierra.⁶

Pero hacia el año 1000 a. C. el sistema tribal se volvió inadecuado, así que los israelitas constituyeron dos monarquías en las tierras altas de Canaán: el reino de Judea en el sur, y el más grande y próspero reino de Israel en el norte. Las antiguas fiestas de la Alianza fueron reemplazadas de forma progresiva por rituales reales celebrados en los santuarios nacionales y vinculados a la persona del rey. Este era adoptado por Yahvé el día de su coronación, convirtiéndose en el «hijo de Dios» y miembro de su asamblea divina de seres celestiales. No sabemos casi nada acerca del culto en el reino del norte porque los historiadores bíblicos se inclinaban por Judea, pero muchos de los salmos incluidos posteriormente en la Biblia fueron utilizados en el culto de Jerusalén⁷ y muestran que los israelitas estuvieron influidos por el culto a Baal de la vecina Siria, que contaba con una mitología real similar.⁸ Yahvé había llegado a un acuerdo incondicional con el rey David, el fundador de la dinastía de Judea, y le había prometido que sus descendientes gobernarían Jerusalén para siempre.

Una vez que las antiguas leyendas quedaron liberadas del culto, adquirieron una vida literaria independiente. Durante el siglo VIII tuvo lugar una revolución literaria en todo Oriente Próximo y en el Mediterráneo oriental.⁹ Los reyes encargaron la redacción de obras que glorificaran sus regímenes y que aquellos textos fueran guardados en bibliotecas. Fue en esta época cuando los poemas épicos de Homero fueron puestos

por escrito en Grecia, y en Israel y Judea los historiadores comenzaron a reunir las viejas narraciones para crear sagas nacionales, que han sido conservadas en los estratos más antiguos del Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia.¹⁰

Los historiadores del siglo VIII edificaron una narración coherente a partir de las múltiples tradiciones de Israel y Judea. Normalmente los eruditos llaman «J.» a las epopeyas sureñas de Judea, porque sus autores siempre utilizan el nombre «Yahvé», mientras que la saga del norte es conocida como «E.», porque estos historiadores prefieren el nombre más formal de «Elohim». Más adelante, estas dos versiones distintas fueron reunidas por un editor para formar una sola narración que constituiría la columna vertebral de la Biblia hebrea. Durante el siglo XVIII a. C., Yahvé ordenó a Abraham que dejara su pueblo natal (Ur, en Mesopotamia) y que se estableciera en las zonas montañosas de Canaán, selló un pacto con él y le prometió que sus descendientes heredarían todo el país. Abraham vivió en Hebrón, su hijo Isaac en Berseba, y su nieto Jacob (también llamado Israel) acabó estableciéndose en el campo, en los alrededores de Siquem.

En una época de hambruna, Jacob y sus hijos, los fundadores de las doce tribus de Israel, emigraron a Egipto, donde al principio prosperaron, pero cuando se hicieron demasiado numerosos fueron esclavizados y oprimidos. Por fin, hacia 1250 a. C., Yahvé los liberó bajo el liderazgo de Moisés. Mientras huían, Yahvé dividió las aguas del mar de los Juncos para que los israelitas pudieran cruzarlo sin peligro, pero el faraón y su ejército se ahogaron. Los israelitas vagaron por el desierto del Sinaí, al sur de Canaán, durante cuarenta años. En el monte Sinaí, Yahvé hizo un pacto solemne con el pueblo de Israel y le dio la Ley, que incluía los Diez Mandamientos grabados por Él en unas tablas de piedra. Por último, el sucesor de Moisés, Jo-

sué, condujo a las tribus hasta el otro lado del río Jordán, a Canaán. Allí destruyeron todas las ciudades y pueblos cananeos, mataron a la población nativa y se apropiaron de la tierra.

No obstante, los arqueólogos israelitas que han estado excavando la región desde 1967 no han encontrado ninguna prueba que corrobore esta historia: no hay ninguna señal de una invasión extranjera o de una destrucción masiva, ni nada que indique un cambio a gran escala de la población. El consenso entre los estudiosos es que la tradición del Éxodo no es histórica. Hay muchas teorías. Egipto gobernó las ciudades estado cananeas desde el siglo XIX a. C., y ya se había retirado a finales del XIII, poco antes de que aparecieran los primeros asentamientos en lo que habían sido zonas montañosas inhabitables. La primera vez que se oye hablar en esta región de un pueblo llamado Israel es hacia el 1200 a. C. Algunos especialistas mantienen que los israelitas eran refugiados originarios de las fracasadas ciudades estado de las llanuras de la costa. Tal vez allí se les unieron otras tribus procedentes del sur, trayendo consigo a su dios Yahvé (que al parecer tuvo su origen en estas regiones, alrededor del Sinaí).¹¹ Tal vez aquellos que habían vivido bajo dominio egipcio en las ciudades cananeas sintieran que efectivamente habían sido liberados de Egipto, pero en su propio país.¹²

J. y E. no eran narraciones históricas modernas. Igual que Homero y Heródoto, incluyeron leyendas sobre figuras divinas y elementos mitológicos para intentar explicar el significado de lo que había ocurrido. Sus narraciones son algo más que historia. Desde el principio no hubo un mensaje único y autoritario en lo que después llegaría a ser la Biblia. J. y E. interpretaron la saga de Israel de forma muy diferente, y los redactores posteriores no hicieron ningún esfuerzo por pulir las incongruencias y contradicciones (de la misma forma que los historiadores que

vendrían después se sintieron con total libertad para añadir narraciones a las de J. y E. y hacer alteraciones radicales).

Por ejemplo, tanto J. como E. tenían visiones muy diferentes de Dios. Al redactor de J. no le importaba utilizar imágenes antropomórficas que avergonzarían a los exegetas posteriores. Yahvé se pasea por el Jardín del Edén como un potentado de Oriente Próximo, cierra la puerta del Arca de Noé, se enfada y cambia de parecer. Pero la tradición E. tiene una visión más trascendental de Elohim, que apenas «habla» y prefiere enviar a un ángel como mensajero. Más adelante, la religión israelita llegaría a ser apasionadamente monoteísta, convencida de que Yahvé era el único dios. Pero ni J. ni E. eran monoteístas. Al principio Yahvé era un miembro de la asamblea divina de los «santos», presidida por El, el dios supremo de Canaán, junto a su consorte Aserá. Cada nación de la región tenía sus propias divinidades protectoras, y Yahvé era el «santo de Israel». ¹³ En el siglo VIII, Yahvé ya había desbancado a El en la asamblea divina ¹⁴ y gobernaba en solitario sobre una multitud de «santos», que hacían de guerreros de su ejército celestial. ¹⁵ Ninguno de los otros dioses estaba a la altura de Yahvé en materia de fidelidad a su gente. No tenía igual ni rivales. ¹⁶ Pero la Biblia muestra que, hasta el mismo momento en que Nabucodonosor destruyó el templo en el 586, los israelitas adoraban a una gran cantidad de otras divinidades. ¹⁷

Abraham, un hombre del sur, y no Moisés, era el héroe de la historia narrada por J. Su trayectoria y la alianza que Yahvé había sellado con él eran un precedente del rey David. ¹⁸ Pero la tradición E. estaba más interesada en Jacob, un personaje del norte, y en su hijo José, enterrado en Siquem. E. no incluyó ninguna historia de los tiempos primigenios —la creación del mundo, Caín y Abel, el diluvio o la rebelión en la torre de Babel—, tan importantes para J. El héroe de su narración era

Moisés, mucho más venerado en el norte que en el sur.¹⁹ Pero ni J. ni E. mencionan la Ley que Yahvé le dio a Moisés en el Sinaí, que más tarde sería crucial. Ni siquiera se hace referencia a los Diez Mandamientos. Es casi seguro, como en cualquier otra de las leyendas de Oriente Próximo, que las tablas celestiales (dadas a Moisés) contenían al principio tradiciones del culto esotérico.²⁰ Para J. y E., el Sinaí era importante porque Moisés y los ancianos de la tribu tuvieron una visión de Yahvé en la cima.²¹

Llegado el siglo VIII, un pequeño grupo de profetas quiso que el pueblo adorara exclusivamente a Yahvé. Sin embargo, no fue una medida popular. Yahvé era un guerrero sin igual, pero no tenía experiencia alguna en agricultura, por lo que, cuando deseaban una buena cosecha, era algo natural para la gente de Israel y de Judea recurrir al culto del dios local de la fertilidad, Baal, y de su hermana y esposa Anat, y practicar los rituales sexuales habituales para hacer que los campos fueran fértiles. A principios del siglo VIII, Oseas, un profeta del reino del norte, arremetió contra esta práctica. Su mujer, Gomer, había ejercido como prostituta sagrada de Baal, y él imaginaba que el dolor que le provocaba su infidelidad era similar al que tuvo que experimentar Yahvé cuando su pueblo se prostituyó con otros dioses. Los israelitas tenían que volver con Yahvé, que podía satisfacer todas sus necesidades. No tenía sentido apaciguarlo con un ritual en el templo: Yahvé quería fidelidad de culto (*hesed*) y no sacrificios de animales.²² Si continuaban siendo infieles a Yahvé, el reino de Israel sería destruido por el poderoso imperio asirio, sus poblaciones serían arrasadas y sus hijos, exterminados.²³

Asiria había establecido un poder sin precedentes en Oriente Próximo. Era habitual que devastara los territorios de los vasallos insumisos y deportara a su población. El profeta Amós,

que predicó en Israel a mediados del siglo VIII, sostenía que Yahvé estaba dirigiendo una guerra sagrada contra Israel para castigar sus injusticias sistemáticas.²⁴ Mientras Oseas condenaba el muy respetado culto a Baal, Amós le daba la vuelta al tradicional culto a Yahvé el guerrero: este, de forma consciente, ya no estaba de parte de Israel. Amós también se burlaba de los rituales del templo en el reino del norte. Yahvé estaba cansado de cantos ruidosos y de devotos tañidos de arpa. En lugar de eso, quería «¡Que fluya, sí, el derecho como agua y la justicia como arroyo perenne!».²⁵ Ya desde una época tan temprana, los escritos bíblicos eran subversivos e iconoclastas y desafiaban la ortodoxia predominante.

Isaías, de Jerusalén, era más convencional; sus oráculos se ajustaban por completo a la ideología real de la Casa de David. Recibió su encargo profético en el templo hacia el 740 a. C., donde vio a Yahvé rodeado de su asamblea divina de seres celestiales y oyó que el querubín gritaba: «Santo [*qaddosh*] santo, santo».²⁶ Yahvé era «distinto», «otro» y radicalmente trascendente. Le dio a Isaías un mensaje sombrío: la campiña sería asolada y los habitantes, forzados a huir.²⁷ Pero Isaías no le tenía miedo a Asiria, había visto que la «gloria» de Yahvé llenaba la Tierra;²⁸ mientras este se hallara entronado en su templo del monte Sión, Judea estaba a salvo, puesto que Yahvé, el guerrero divino, volvía a desfilar y a luchar en favor de su pueblo.²⁹

Pero el reino del norte no disfrutaba de tal inmunidad. Cuando el rey de Israel se unió en el año 732 a una confederación local para bloquear el avance de Asiria por el oeste, el rey asirio TiglatPileser III cayó sobre ellos y se apoderó de la mayor parte de su territorio. Diez años más tarde, en el 722, y después de otra rebelión, los ejércitos asirios destruyeron Samaría, la bonita capital de Israel, y deportaron a la clase dirigente. El reino de Judea, que se había convertido en vasallo

asirio, quedó a salvo, y los refugiados escaparon desde el norte hacia Jerusalén llevándose consigo las narraciones de E. y los documentos con los oráculos de Oseas y Amós, que habían previsto la tragedia. Estos fueron incluidos en los archivos reales de Judea, donde, en algún momento posterior, los escribas combinaron la tradición «elohísta» con la narración J. del sur.³⁰

A lo largo de estos años de oscuridad, lo que Isaías había prefigurado se vio aliviado por el nacimiento inminente de un bebé real, señal de que Dios todavía estaba con la Casa de David: «Mirad, una doncella [*almah*] está encinta y va a dar a luz un hijo, al que pondrá por nombre Emmanuel [“dios con nosotros”]». ³¹ Su nacimiento será incluso un rayo de esperanza —«una luz grande»— para la traumatizada gente del norte, que «andaba a oscuras» y «vivía en tierra de sombras». ³² Al final, cuando el niño nació lo llamaron Ezequías, e Isaías imaginó a toda la asamblea divina celebrando el nacimiento de la criatura real, que, como todos los reyes davídicos, se convertiría en figura divina y miembro del consejo celestial: el día de su coronación lo llamarían «Maravilla de Consejero, Dios Fuerte, Siempre Padre, Príncipe de Paz». ³³

Aunque los historiadores bíblicos veneraron a Ezequías como a un rey devoto que intentó proscribir la adoración de dioses extranjeros, su política exterior resultó ser un desastre. Tras una desacertada rebelión contra Asiria en el 701, Jerusalén casi fue destruida, el campo fue brutalmente arrasado y Judea, reducida a un estado diminuto. Pero bajo el reinado de Manasés (687–642), que se convirtió en vasallo de Asiria, la suerte de Judea mejoró. En un intento por integrarse en el imperio, dio marcha atrás a la política religiosa de su padre y edificó altares a Baal, erigió una efigie a Aserá y estatuas de los caballos divinos del Sol en el templo de Jerusalén, e instituyó el sacrificio de niños en las afueras de la ciudad. ³⁴ El historiador bíblico

quedó horrorizado por el desarrollo de los acontecimientos, pero pocos de los súbditos de Manasés debieron de sorprenderse, ya que la mayoría de ellos tenían iconos similares en sus casas.³⁵ A pesar de la prosperidad de Judea, el descontento se había generalizado en las zonas rurales que habían cargado con el peso de la invasión asiria, y tras la muerte de Manasés desembocó en un golpe de palacio: se depuso al hijo de Manasés, Amón, y se colocó en el trono a su hijo de ocho años, Josías.

Por entonces, Asiria estaba en decadencia y Egipto, en auge. En el 656, el faraón forzó a las tropas asirias a que se retiraran de Levante y, asombrados, los judaítas vieron como los asirios desocupaban los territorios de lo que antes había sido Israel. Mientras las grandes potencias luchaban por la supremacía, dejaron que Judea se las arreglara por su cuenta. Hubo una oleada de sentimiento nacional y en el 622 Josías comenzó a reedificar el templo de Salomón, monumento simbólico de la edad dorada de Judea. Durante la reconstrucción, el sumo sacerdote Jilquías hizo un descubrimiento trascendental y corrió con la noticia a Safán, el escriba real. Había encontrado el «libro de la Ley» (*sefer torah*) que Yahvé le había dado a Moisés en el monte Sinaí.³⁶

En las historias antiguas no se hacía mención a que las enseñanzas de Yahvé (Torá) hubieran sido puestas por escrito. En las tradiciones J. y E., Moisés había transmitido oralmente las instrucciones de Yahvé y el pueblo le había respondido de la misma forma.³⁷ No obstante, los reformadores del siglo VII añadieron versos a estas narraciones que explicaban que «entonces escribió Moisés todas las palabras de Yahvé», y leyó la *sefer torah* a su pueblo.³⁸ Jilquías y Safán dijeron que este rollo se había perdido y que sus enseñanzas nunca habían llegado a hacerse efectivas, pero que su providencial descubrimiento significaba que Judea podía empezar de nuevo. El documento de Jilquías con-

tenía probablemente una versión del Deuteronomio, donde se describía a Moisés entregando una «segunda Ley» (en griego, *deuteronomion*) poco antes de su muerte. Pero en lugar de ser un trabajo antiguo, el Deuteronomio era un texto sagrado totalmente nuevo. No era algo insólito para los reformadores el atribuir nuevas ideas a una figura importante del pasado. Los deuteronomistas creían que hablaban en nombre de Moisés en aquella época de transición. Esto es lo que Moisés le diría a Josué si le entregase una «segunda Ley» hoy en día.

Por primera vez, en lugar de hacer una relación del *statu quo*, un texto israelita llamaba a un cambio radical. Después de que le leyeran en voz alta el rollo, Josías se rasgó las vestiduras lleno de aflicción e inauguró de inmediato un programa para seguir la nueva Torá de Yahvé al pie de la letra. Quemó las abominaciones de Manasés en el templo y, como los judaítas siempre habían considerado ilegítimos los santuarios reales del reino del norte, derribaron los templos de Betel y Samaría, mataron a los sacerdotes de los santuarios rurales y contaminaron sus altares.³⁹

Resulta ilustrativo el que los deuteronomistas, pioneros de la idea de la ortodoxia de las Sagradas Escrituras, introdujeran leyes asombrosamente nuevas, que, en caso de haberse llevado a cabo, habrían transformado la antigua fe de Israel.⁴⁰ Para asegurar la pureza de la ceremonia religiosa, intentaron centralizar el culto,⁴¹ crear un poder judicial secular independiente del templo y despojar al rey de sus poderes sagrados, haciendo que se sometiera a la Torá como todos los demás. Los deuteronomistas cambiaron la redacción de los antiguos códigos de leyes, de las sagas y de los textos litúrgicos para que refrendaran su proyecto. En cierto modo el Deuteronomio, con su ámbito secular, su estado centralizado y su monarquía constitucional, se lee como un documento moderno. Era aún más apasionado que Amós sobre la cuestión de la justicia social, y su teología,

más racional que la vieja mitología cáltica de Judea:⁴² no se podía ver a Dios y este no vivía en un edificio construido por seres humanos.⁴³ Israel no poseía la tierra porque Yahvé morase en Sión, sino porque el pueblo respetaba sus mandamientos.

Los reformadores no utilizaron las Sagradas Escrituras para conservar la tradición, como se hace a menudo hoy en día, sino que intentaron introducir un cambio radical. También rescribieron la historia de Israel y añadieron material nuevo para adaptar la épica de J. y E. al siglo VII, prestando especial atención a Moisés, que había liberado a los israelitas de Egipto, en un momento en el que Josías confiaba en llegar a ser independiente del faraón. El punto culminante de la historia del Éxodo ya no era la teofanía del Sinaí, sino el regalo de la *sefer torah* y el hecho de que las tablas de Moisés estuviesen inscritas con los Diez Mandamientos. Los deuteronomistas prolongaron la historia del Éxodo para incluir la conquista de Josué de las tierras altas del norte (anteproyecto de la reconquista de Josías de estos mismos territorios).⁴⁴ También escribieron una historia sobre los dos reinos de Israel y de Judea en los libros de Samuel y de Reyes, sosteniendo que los únicos gobernadores legítimos de todo Israel eran los reyes descendientes de David. Su historia culminaba en el reinado de Josías, un nuevo Moisés y mejor rey que David.⁴⁵

No todo el mundo estaba entusiasmado con la nueva Torá. El profeta Jeremías, que comenzó su ministerio más o menos por la misma época, admiraba a Josías y estaba de acuerdo con la mayoría de los planes de los reformadores, pero tenía reservas acerca de una Sagrada Escritura por escrito: el «cálamo mentiroso de los escribas» podía socavar las bases de la tradición con un mero escamoteo de la pluma, y un texto escrito podía alentar un modo de pensamiento superficial concentrado en la información en vez de en la sabiduría.⁴⁶ En un estudio acerca

de los nuevos movimientos judíos, el eminente erudito Haym Soloveitchik mantiene que el paso de la tradición oral al texto escrito puede llevar a la estridencia religiosa al darle al lector una certeza poco realista acerca de cuestiones fundamentalmente inefables.⁴⁷ La religión deuteronomista era, desde luego, estridente. Describieron a Moisés predicando una política de represión violenta de los cananeos nativos: «Suprimiréis todos los lugares donde los pueblos que vais a desalojar han dado culto a sus dioses ... demoleréis sus altares, romperéis sus estelas, quemaréis al fuego sus cipos, derribaréis las esculturas de sus dioses y suprimiréis su nombre de aquel lugar».⁴⁸ Describieron, en tono de aprobación, a Josías masacrando al pueblo de Ay como si fuese un general asirio:

Quando Israel acabó de matar a todos los habitantes de Ay en el campo y en el desierto, hasta donde habían salido en su persecución, y todos ellos cayeron a filo de espada hasta no quedar uno, todo Israel volvió a Ay y pasó a su población a filo de espada. El total de los que cayeron aquel día, hombres y mujeres, fue doce mil: todos los habitantes de Ay.⁴⁹

Los deuteronomistas habían asimilado el espíritu violento de la región, que llevaba casi doscientos años experimentando la brutalidad asiria. Era un indicio temprano de que los textos sagrados reflejan tanto los fracasos como las cuestiones más elevadas de la búsqueda religiosa.

Pero, aunque estos textos eran venerados, todavía no se habían convertido en «Sagrada Escritura». El pueblo se sentía con la libertad de alterar los viejos escritos y existía un canon de lecturas recomendadas de libros sagrados. Sin embargo, ya empezaban a expresar las más altas aspiraciones de la comunidad. Los deuteronomistas, que celebraron la reforma de Josías, estaban convencidos de que Israel estaba a punto de comenzar

una nueva y gloriosa era, pero en el 622 el rey resultó muerto en una escaramuza con el ejército egipcio. Al cabo de pocos años los babilonios conquistaron Nínive, la capital asiria, y se convirtieron en la mayor potencia de la región. Se había terminado la corta independencia de Judea. Durante unas décadas los reyes vacilaron entre la lealtad a Egipto o a Babilonia. Muchos aún creían que Judea estaría a salvo mientras Yahvé morase en su templo, aunque Jeremías les avisó de que sería suicida desafiar a Babilonia. Al final, y tras dos fútiles rebeliones, Jerusalén y su templo fueron destruidos por Nabucodonosor en el año 586 a. C.

En el exilio, los escribas estudiaron minuciosamente los rollos del archivo real. Los deuteronomistas añadieron pasajes a su historia para informar del desastre, que atribuyeron a la política religiosa de Manasés.⁵⁰ Pero algunos de los sacerdotes, que habían perdido todo su mundo al perder el templo, volvieron la vista al pasado y encontraron una razón para tener esperanza. Los eruditos llaman «P.» a este estrato sacerdotal del Pentateuco, aunque no sabemos si P. era un solo individuo o, como parece más probable, toda una escuela. P. revisó las narraciones de J. y E. y añadió los libros de Números y Levítico, recurriendo a viejos documentos —genealogías, leyes y antiguos textos rituales—, algunos ya escritos y otros transmitidos hasta entonces oralmente.⁵¹

La más importante de sus fuentes fue el «Código de Santidad»⁵² (una colección de leyes del siglo VII) y el Documento del Tabernáculo, una descripción de la tienda santuario de Yahvé durante los años en el desierto del Sinaí, central en la visión de P.⁵³ Algunas de las fuentes de P. eran en verdad muy antiguas, pese a lo cual creó toda una nueva visión para su desmoralizado pueblo.

P. entendió la historia del Éxodo de forma muy distinta a los

deuteronomistas. El punto culminante ya no era la *sefer torah*, sino la promesa de la presencia continua de Dios a lo largo de los años en el desierto. Dios había sacado a Israel de Egipto simplemente «para habitar [*skn*] en medio de ellos». ⁵⁴ El verbo *shakan* quería decir «llevar la vida de los nómadas que habitaban en tiendas». En lugar de vivir permanentemente en un edificio, Dios prefería «acampar» con su pueblo nómada; no estaba atado a un lugar, sino que podía acompañarlos allí a donde fuesen. ⁵⁵ Tras la corrección de P., el libro del Éxodo finalizaba con la terminación del Tabernáculo: la «gloria» de Yahvé llenaba la tienda y la Nube de su presencia la cubría. ⁵⁶ Dios, quería decir P., estaba todavía con su pueblo en su último «deambular» por Babilonia. En lugar de acabar su saga con la conquista de Josué, P. dejaba a los israelitas en la frontera de la Tierra Prometida. ⁵⁷ Israel no era un pueblo porque habitase en un país en particular, sino porque vivía en la presencia de su dios.

En la historia corregida de P., el exilio era la última de una serie de migraciones: Adán y Eva fueron expulsados del Edén; Caín fue condenado a llevar una vida de vagabundo sin hogar tras asesinar a Abel; la humanidad fue dispersada en la torre de Babel; Abraham dejó Ur y las tribus emigraron a Egipto para acabar viviendo como nómadas en el desierto. En su última peregrinación, los exiliados tuvieron que edificar una comunidad a la que pudiese regresar la presencia. En una innovación asombrosa, P. sugirió que todo el pueblo debía observar las mismas leyes en materia de pureza que el personal del templo. ⁵⁸ Todos debían vivir como si estuviesen sirviendo a la presencia divina. Israel tenía que ser «santa» (*qaddosh*) y «otra» como Yahvé, ⁵⁹ y así P. elaboró una forma de vida basada en el principio de separación. Los exiliados tenían que vivir aparte de sus vecinos babilónicos y observar normas diferentes con respecto a la dieta y la limpieza. Entonces, y solo entonces, Yahvé viviría entre

ellos: «Estableceré mi morada en medio de vosotros —les dijo Dios— y me pasearé en medio de vosotros».⁶⁰ Babilonia podía llegar a ser otro Edén, donde Dios había paseado con Adán en la tranquilidad de la tarde.

La santidad también tenía un fuerte componente ético. Los israelitas debían respetar lo sagrado «del otro» en todas las criaturas. Nada podía ser esclavizado o poseído (por lo tanto, ni siquiera la tierra).⁶¹ Los israelitas no debían despreciar al extranjero: «Cuando un forastero resida entre vosotros, en vuestra tierra, no lo oprimáis. Al forastero que reside entre vosotros, lo miraréis como a uno de vuestro pueblo y lo amaréis como a vosotros mismos; pues también vosotros fuisteis forasteros en la tierra de Egipto».⁶² A diferencia de los deuteronomistas, la visión de P. era inclusiva. Sus narraciones de alienación y exilio ponen constantemente el énfasis en la importancia de la reconciliación con los antiguos enemigos. En ningún otro sitio se pone esto más de manifiesto que en su obra más famosa: el primer capítulo del Génesis, en el que Dios describe a Elohim creando el cielo y la Tierra en seis días.

No pretendía ser esta una narración literal e históricamente exacta de la creación. Los editores colocaron la historia de P. junto a la narración de la creación de J., que es muy diferente.⁶³ En el mundo antiguo, la cosmogonía, más que estar basada en hechos reales, era un género terapéutico. El pueblo recitaba los mitos de la creación junto al lecho de un enfermo, al comienzo de un nuevo proyecto o al principio de un nuevo año; cada vez que sentía la necesidad de una infusión de la potencia divina que había, de alguna forma, creado todas las cosas. La historia de P. habría consolado a los exiliados que sentían que Yahvé había sido ignominiosamente vencido por Marduk, dios de Babilonia. Pero a diferencia de este, cuya creación del mundo tenía que ser renovada anualmente el día de Año Nuevo con

ritos espectaculares en el zigurat de Esagila, Yahvé no estaba obligado a luchar contra otros dioses para crear un cosmos ordenado: el océano no era una diosa aterradora como Tiamat, que luchó contra Marduk hasta derramar la última gota de su sangre, sino que simplemente era una materia prima más del universo; el sol, la luna y las estrellas no eran divinidades sino meras criaturas que cumplían una función. La victoria de Yahvé no tenía que ser renovada: acabó su trabajo en seis días y al séptimo descansó.⁶⁴

Sin embargo, esta no fue una polémica grandilocuente; no hubo burlas ni agresiones. En el antiguo Oriente Próximo los dioses solían crear el mundo después de una serie de violentas y aterradoras batallas, y es cierto que los israelitas contaban historias en las que Yahvé asesinaba a monstruos marinos al principio de los tiempos.⁶⁵ Pero el mito de la creación de P. era pacífico. Dios simplemente dio una orden y, uno por uno, los componentes de nuestro mundo cobraron vida. Después de cada día, Dios supervisaba que todo lo que había hecho estuviera *tov*, «bien». El último día, «todo» estaba «muy bien» y Yahvé bendijo toda su creación⁶⁶ (incluyendo, presumiblemente, a los babilónicos). Todos debían comportarse como Yahvé: descansar tranquilamente durante el Sabbath, servir al mundo de Dios y bendecir cada una de sus criaturas.

Pero otro profeta, que predicó en Babilonia durante la segunda mitad del siglo VI, sostuvo una teología más agresiva y deseó ver a los *goyim*, las naciones extranjeras, marchar encadenados detrás de Israel. No conocemos su nombre, pero como sus oráculos se preservaron en el mismo rollo que el de Isaías, se le conoce normalmente como el Segundo Isaías. Se estaba acercando el final del exilio. En el 539, Ciro, rey de Persia, derrotó a los babilonios y se convirtió en el señor del mayor de los imperios que el mundo había visto nunca. Como prometió

repatriar a todos los exiliados, el Segundo Isaías le llamó el *mesiah* de Yahvé, el rey «ungido». ⁶⁷ Por el bien de Israel, Yahvé había invocado a Ciro como su instrumento y provocado una revolución de poder en la región. ¿Podía algún otro dios competir con él? No, declaró Yahvé con desprecio a los dioses de los *goyim*, «vosotros sois nada, y vuestra obra, nulidad». ⁶⁸ Se había convertido en el dios único. «Yo soy Yahvé, no hay ningún otro —anunció con orgullo—. Fuera de mí, ningún dios existe.» ⁶⁹ Esta es claramente la primera declaración monoteísta en lo que luego sería la Biblia hebrea. Pero su triunfalismo reflejaba la característica más agresiva de la religión. El Segundo Isaías se basaba en una tradición mítica que tenía muy poca conexión con el resto del Pentateuco. Restableció los antiguos cuentos en los que Yahvé asesinaba a dragones marinos para poner orden en el caos primigenio, y manifestó que Yahvé estaba a punto de repetir ese triunfo cósmico al derrotar a los históricos enemigos de Israel. ⁷⁰ Sin embargo, no reflejaba la opinión de toda la comunidad de exiliados. Los cuatro «cánticos del Siervo» interrumpían las exuberantes profecías del Segundo Isaías. ⁷¹ En estos, se le confiaba a una misteriosa figura, que se llama a sí misma el «siervo de Yahvé», la tarea de establecer justicia en todo el mundo (pero de forma pacífica). Sería despreciado y rechazado, pero su sufrimiento redimiría a su pueblo. El siervo no tenía ningún deseo de subyugar a los *goyim*, pero se convertiría en «luz de las gentes para que mi salvación alcance hasta los confines de la Tierra». ⁷²

Ciro cumplió su promesa. Hacia finales del 539 a. C., unos meses después de su coronación, un pequeño grupo de exiliados salió en dirección a Jerusalén. La mayoría de los israelitas eligieron quedarse en Babilonia, donde harían una importante contribución a las sagradas escrituras hebreas. Los exiliados que regresaron traían consigo nueve rollos que contaban la historia

de su pueblo, desde la creación hasta su deportación: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Samuel y Reyes; también traían antologías de los oráculos de los profetas (*neviim*) y un libro de himnos, que incluía nuevos salmos compuestos en Babilonia. Todavía no estaba completa, pero los exiliados tenían en su poder lo básico de la Biblia hebrea.

La Golá, la comunidad de los exiliados que regresaban, estaba convencida de que su religión corregida era la única versión auténtica del yahvismo; pero los israelitas que no habían sido deportados a Babilonia, la mayoría de los cuales vivían en lo que había sido el reino del norte, no podían compartir esta visión y se resentirían de esta actitud exclusivista. El nuevo templo, un santuario bastante más modesto, no estuvo terminado hasta el 520 a. C. y se convirtió en el foco de la fe. Pero una nueva espiritualidad comenzó a desarrollarse, muy gradualmente, al lado del nuevo templo. Con la ayuda de aquellos israelitas que habían permanecido en Babilonia, la Golá estaba a punto de transformar la miscelánea colección de textos en las Sagradas Escrituras.

